

de Tomás. Y él, sin echar de ver en ello, si no era, por fuerza y llevado de otros, no quería entrar en su casa. Finalmente, ella le descubrió su voluntad y le ofreció su hacienda. Pero como él atendía más a sus libros que a otros satiempos, en ninguna manera respondía al gusto de la señora, la cual viéndose desdeñada y, a su parecer, aborrecida, y por medios ordinarios y comunes no podía conquistar la voluntad de Tomás, acordó de buscar otros modos a su parecer más eficaces y bastantes para salir con el cumplimiento de sus deseos. Y así, aconsejada de una morisca, en un membrillo toledano dio a Tomás uno de estos que llaman hechizo, creyendo que le daba cosa que le forzase la voluntad a quererla, como si hubiese en el mundo hierbas, encantos ni palabras suficientes a forzar el libre albedrío, y así, las que dan en las bebidas o comidas amatorias, se llaman *venéficas*, porque no es otra cosa lo que hacen sino dar veneno a quien las toma, como lo tiene mostrado la experiencia en muchas y diversas ocasiones.

Comió en tal mal punto Tomás el membrillo, que al momento comenzó a herir de pie y de mano como si tuviera alfileres, y sin volver en sí estuvo muchas horas, al cabo de las cuales volvió como atontado y dijo, con lengua turbada y tartamudeando, que un membrillo que había comido le había muerto, y declaró quién se lo había dado. La justicia, que tuvo noticia del suceso, fue a buscar a la malhechora; pero ya ella, viendo el mal suceso se había puesto en cobro, y no pareció jamás.

Seis meses estuvo en la cama Tomás, en los cuales se sacó y se puso, como suele decirse, en los huesos, y mostraba tener turbados todos los sentidos. Y aunque le hicieron los remedios posibles, sólo le sanaron la enfermedad del cuerpo, pero no la del entendimiento, porque quedó sano, y loco de una más extraña locura que, entre las locuras, hasta entonces se había visto. Imaginóse el desdichado que era todo hecho de vidrio, y con esta imaginación, cuando alguno se llegaba a él, daba terribles voces pidiendo y suplicando con palabras y razones concertadas que no se le acercasen porque le quebraría; que real y verdaderamente él no era como los otros hombres, que todo era de vidrio de pies a cabeza. Para sacarle de esta extraña imaginación, muchos, sin atender a sus voces y

rogativas, arremetieron a él y le abrazaron, diciéndole que advirtiese y mirase cómo no se quebraba. Pero lo que se granjeaba en esto era que el pobre se echaba en el suelo, dando mil gritos, y luego le tomaba un desmayo, del cual no volvía en sí en cuatro horas, y cuando volvía era renovando las plegarias y rogativas de que otra vez no llegasen. Decía que le hablasen desde lejos y le preguntasen lo que quisiesen, porque a todos les respondería con más entendimiento por ser hombre de vidrio y no de carne; que el vidrio, por ser de materia sutil y delicada, obraba por ella el alma con más prontitud y eficacia que no por la del cuerpo, pesada y terrestre.

Quisieron algunos experimentar si era verdad lo que decía, y así le preguntaron muchas y difíciles cosas, a las cuales respondió espontáneamente con grandísima agudeza de ingenio, cosa que causó admiración a los más letrados de la universidad y a los profesores de la medicina y filosofía, viendo que en un sujeto donde se contenía tan extraordinaria locura como el pensar fuese de vidrio, se encerrase tan grande entendimiento que respondiese a toda pregunta con propiedad y agudeza. Pidió Tomás le diesen alguna funda donde pusiese aquel vaso quebradizo de su cuerpo, porque al vestirse algún vestido estrecho no se quebrase; y así le dieron una ropa parada y una camisa muy ancha, que él se vistió con mucho tiento y se ciñó con una cuerda de algodón. No quiso zapatos en ninguna manera, y el orden que tuvo para que le diesen de comer sin que a él llegasen, fue poner en la punta de una vara una vasera de orinal, en la cual le ponían alguna cosa de fruta de las que la sazón del tiempo ofrecía; carne ni pescado no lo quería; no bebía sino en fuente o en río, y esto con las manos; cuando andaba por las calles, iba por la mitad de ellas mirando a los tejados, temeroso no le cayese alguna teja encima y le quebrase; los veranos dormía en el campo a cielo abierto, y los inviernos se metía en algún mesón, y en el pajaro se enterraba hasta la garganta, diciendo que aquella era la más propia y más segura cama que podían tener los hombres de vidrio; cuando tronaba, temblaba como un azogado, y se salía al campo y no entraba en poblado hasta haber pasado la tempestad.

Tuviéronle encerrado sus amigos mucho tiempo; pero viendo que su desgracia pasaba adelante, determinaron de condescender con lo que él les pedía, que era le dejasen andar libre. Y así le dejaron, y él salió por la ciudad, causando admiración y lástima a todos los que le conocían. Cercáronle luego los muchachos; pero él con la vara los detenía y les rogaba le hablasen apartados, porque no se quebrase que por ser hombre de vidrio era muy tierno y quebradizo. Los muchachos que son la más traviesa generación del mundo, a despecho de sus ruegos y voces le comenzaron a tirar trapos y aun piedras por ver si era de vidrio como él decía; pero él daba tantas voces y hacía tales extremos, que movía a los hombres a que riñesen y castigasen a los muchachos porque no le tirasen.

Mas un día que le fatigaron mucho se volvió a ellos diciéndolo:

—¿Qué me queréis, muchachos, porfiados como moscas, sucios como chinches, atrevidos como pulgas? ¿Soy yo, por ventura el monte Testacho de Roma para que me tiréis tantos trastos y tejas?

Por oírle reñir y responder a todos, le seguían siempre muchos, y los muchachos tomaron y tuvieron por mejor partido antes oírle que tirarle. Pasando, pues, una vez por la ropería de Salamanca, le dijo una ropera:

—En mi ánima, señor licenciado, que me pesa de su desgracia. Pero ¿qué haré que no puedo llorar?

El se volvió a ella y, muy mesurado, le dijo:

—«Filiae Hierusalem, plorate super vos, et super filios vestros.»

Entendió el marido de la ropera la malicia del dicho, y díjole:

—Hermano licenciado Vidriera -que así decía él que se llamaba-, más tenéis de bellaco que de loco.

—No se me da un ardite -respondió él-, como no tenga nada de necio.

Pasando un día por la casa llana y venta común, vio que estaban a la puerta de ella muchas de sus moradoras, y dijo que eran bagajes del ejército de Satanás, que estaban alojados en el mesón del infierno.

Preguntóle una que qué consejo o consuelo daría a un amigo suyo que estaba muy triste porque su mujer se le había ido con otro.

A lo cual respondió:

—Dile que dé gracias a Dios por haber permitido le llevasen de casa a su enemigo.

—Luego ¿no irá a buscarla? -dijo el otro.

—Ni por pienso -replicó Vidriera-, porque sería el hallarla hallar un perpetuo y verdadero testigo de su deshonra.

—Ya que eso sea así -dijo el mismo-, ¿qué haré yo para tener paz con mi mujer?

Respondióle:

—Dale lo que hubiere menester. Déjala que mande a todos los de su casa, pero no sufras que ella te mande a ti.

Díjole un muchacho:

—Señor licenciado Vidriera, yo me quiero desgarrar de mi padre, porque me azota muchas veces.

Y respondióle:

—Advierte, niño, que los azotes que los padres dan a los hijos honran, y los del verdugo afrentan.

Estando a la puerta de una iglesia, vio que entraba en ella un labrador de los que siempre blasonan de cristianos viejos, y detrás de él venía uno que no estaba en tan buena opinión como el primero y el licenciado dio grandes voces al labrador, diciendo:

—Esperad, Domingo, a que pase el sábado.

De los maestros de escuela decía que eran dichosos, pues trataban siempre con ángeles, y que fueran dichosísimos, si los angelitos no fueran mocosos. Otro le preguntó que qué parecía de las alcahuetas. Respondió que no lo eran las apertadas, sino las vecinas.

Las nuevas de su locura y de sus respuestas y dichos se extendieron por toda Castilla, y llegando a noticia de un príncipe o señor que estaba en la Corte, quiso enviar por él y encargóselo a un caballero amigo suyo, que estaba en Salamanca, que se lo enviase.

Y topándole el caballero un día, le dijo:

—Sepa el señor licenciado Vidriera, que un gran personaje de la Corte le quiere ver y envía por él.

A lo cual respondió:

—Vuesa merced me excuse con ese señor, que yo no soy bueno para palacio, porque tengo vergüenza y no sé lisonjear.

Con todo esto, el caballero le envió a la Corte, y para traerle usaron con él de esta invención: pusiéronle en unas árqueñas de paja, como aquellas donde llevan el vidrio, igualando los tercios con piedras, y entre paja puestos algunos vidrios, porque se diese a entender como vaso de vidrio le llevaban.

Llegó a Valladolid, entró de noche, y desembanastáronle en la casa del señor que había enviado por él de quien fue muy bien recibido, diciéndole:

—Sea muy bien venido el señor licenciado Vidriera. ¿Cómo ha ido en el camino? ¿Cómo va de salud?

A lo cual respondió:

—Ningún camino hay malo como se acabe, si no es el que va a la horca. De salud estoy neutral, porque están encontrados mis pulsos con mi cerebro.

Otro día, habiendo visto en muchas alcándaras muchos neblíes y azores y otros pájaros de volatería, dijo que la caza de altanería era digna de príncipes y grandes señores; pero que advirtiesen que con ella echaba el gusto censo sobre el provecho a más de dos mil por uno. La caza de liebres dijo que era muy gustosa, y más cuando se cazaba con galgos prestados. El caballero gustó de su locura, y dejóle salir por la ciudad debajo del amparo y guarda de un hombre que tuviese cuenta que los muchachos no le hiciesen mal, de los cuales y de toda la Corte fue conocido en seis días, y a cada paso, en cada calle, y en cualquiera esquina, respondía a todas las preguntas que le hacían, entre las cuales le preguntó un estudiante si era poeta, porque le parecía que tenía ingenio para todo.

A lo cual respondió:

—Hasta ahora no he sido tan necio, ni tan venturoso.

—No entiendo eso de necio y venturoso -dijo el estudiante.

Y respondió Vidriera:

—No he sido tan necio que diese en poeta malo, ni tan venturoso que haya merecido serlo bueno.

Preguntóle otro estudiante que en qué estimación tenía a los poetas. Respondió que a la ciencia en mucha, pero que a los poetas en ninguna. Replicáronle que por qué decía aquello. Respondió que del infinito número de poetas que habían,

eran tan pocos los buenos, que casi no hacían número. Y así como si no hubiese poetas, no los estimaba; pero que admiraba y reverenciaba la ciencia de la poesía, porque encerraba en sí todas las demás ciencias, porque de todas se sirve, de todas se adorna y pule, y saca a luz sus maravillosas obras, con que llena el mundo de provecho, de deleite y de maravilla.

Añadió más:

—Yo bien sé en lo que se debe estimar un buen poeta, porque se me acuerda de aquellos versos de Ovidio, que dicen:

*Cura ducum fuerunt olim regumque poetae:
Praemiaque antiqui magna tulere chori
Sancta que majestas, el erat venerabile nomen
Vatibus, et largae saepe dabantur opes.*

Y menos se me olvida la alta calidad de los poetas, pues los llama Platón intérpretes de los dioses, y de ellos dice Ovidio:

Est Deus in nobis, agitante calescimus illo.

Y también dice:

At sacri vates, et Divum cura vocamur.

Esto se dice de los buenos poetas; que de los malos, de los churrulleros, ¿qué se ha de decir sino que son la idiotez y la arrogancia del mundo?

Y añadió más:

—¿Qué es ver a un poeta de estos de la primera impresión, cuando quiere decir un soneto a otros que le rodean, las salvas que les hace, diciendo: «Vuestas mercedes escuchad un sonetillo, que anoche a cierta ocasión hice, que a mi parecer, aunque no vale nada, tiene un no sé qué de bonito»? en esto tuerce los labios, pone en arco las cejas, y se rasca la faltriquera, y entre otros mil papeles mugrientos y medio rotos, donde queda otro millar de sonetos, saca el que quiere

relatar, y al fin le dice con tono melifluo y alfeñicado. Si acaso los que le escuchan, de socarrones o de ignorantes no se le alaban, dice: «O vuestas mercedes no han entendido el soneto, o yo no le he sabido decir, y así será bien recitarle otra vez, y que vuestas mercedes le presten más atención, porque en verdad, en verdad, que el soneto lo merece.» Y vuelve, como primero, a recitarle con nuevos ademanes y nuevas pausas. Pues, ¿qué, es verlos censurar los unos a los otros? ¿Qué diré del ladrar que hacen los cachorros modernos a los mastinazos antiguos y graves? Y ¿qué de los que murmuran de algunos ilustres y excelentes sujetos, donde resplandece la verdadera luz de la poesía, que tomándolo por alivio y entretenimiento de sus muchas y graves ocupaciones, muestran la divinidad de sus ingenios y la alteza de sus conceptos, a despecho y pesar del circunspecto ignorante, que juzga de lo que no sabe y aborrece lo que no entiende? ¿Y del que quiere que se estime y tenga en precio la necesidad que se sienta debajo de doseles, y la ignorancia que se arrima a los sitios?

Otra vez le preguntaron qué era la causa de que los poetas por la mayor parte eran pobres. Respondió que porque ellos querían, pues estaba en su mano ser ricos, si se sabían aprovechar de la ocasión que por momentos traían entre las manos, que eran las de sus damas, que todas eran riquísimas en extremo, pues tenían los cabellos de oro, la frente de plata bruñida, los ojos de verdes esmeraldas, los dientes de marfil, los labios de coral y la garganta de cristal transparente, y que lo que lloraban eran líquidas perlas. Y más, que lo que sus plantas pisaban, por dura y estéril tierra que fuese, al momento producía jazmines y rosas, que su aliento era de puro ámbar, almizcle y algalia; y que todas estas cosas eran señal y muestras de su mucha riqueza.

Estas y otras cosas decía de los malos poetas, que de los buenos siempre dijo bien, y los levantó sobre el cuerno de la luna.

Vio un día, en la acera de San Francisco, unas figuras pintadas de mala mano, y dijo que los buenos pintores imitaban la Naturaleza, pero que los malos la vomitaban.

Arrimóse un día, con grandísimo tiento porque no se quebrase, a la tienda de un librero, y díjole:

—Este oficio me contentara mucho, si no fuera por una falta que tiene.

Preguntóle el librero se la dijese.

Respondióle:

—Los melindres que hacen cuando compran el privilegio de un libro, y la burla que hacen a su autor si acaso le imprime a su costa; pues en lugar de mil y quinientos, imprimen tres millibros, y cuando el autor piensa que se venden los suyos, se despachan los ajenos.

Acaeció este mismo día que pasaron por la plaza seis azotados, y diciendo el pregón. <<Al primero por ladrón>>, dió grandes voces a los que estaban delante dél, diciéndoles:

—Apartaos, hermanos, no comience aquella cuenta por ninguno de vosotros.

Y cuando el pregonero llegó a decir: <<Al trasero>>, dijo:

—Aquél debe ser el fiador de los muchachos.

Un muchacho le dijo:

—Hermano Vidriera, mañana sacan a azotar a una alcahueta.

Respondiéndole:

—Si dijeras que sacaban a azotar a un alcahuete, entienda que sacaban a azotar un coche.

Hallóle allí uno de éstos que llevan sillas de manos, díjole:

—De nosotros, licenciado, ¿no tenéis que decir?

—No -respondió Vidriera-, sino que sabe cada uno de vosotros más pecados que un confesor. Mas es con esta diferencia: que el confesor los sabe para tenerlos secretos, y vosotros para publicarlos por las tabernas.

Oyó esto un mozo de mulas, porque de todo género de gente le estaba escuchando contino, y díjole:

—De nosotros, señor Redoma, poco o nada hay que decir, porque somos gente de bien y necesaria en la república.

A lo cual respondió Vidriera:

—La honra del amo descubre la del criado. Según esto, mira a quien sirves y verás cuán honrado eres. Mozos sois vosotros de la más ruin canalla que sustenta la Tierra. Una vez, cuando no era de vidrio, caminé una jornada en una mula de alquiler, tal, que le conté ciento y veintiuna tachas, todas capitales y enemigas del género humano. Todos los mozos de mulas tienen su punta de rufianes, su punto de cacos y su es no es de truhanes. Si sus amos -que así llaman ellos a los que llevan en sus mulas- son boquimuelles, hacen más suertes en ellos que las que echaron en esta ciudad los años pasados. Si son extranjeros, los roban; si estudiantes, los maldicen; si religiosos, los reniegan, y si soldados, los tiemblan. Estos, y los marineros, y carreteros, y arrieros, tienen un modo de vivir extraordinario, y sólo para ellos. El carretero pasa lo más de la vida en espacio de vara y media de lugar; que poco más debe de haber del yugo de las mulas a la boca del carro. Canta la mitad del tiempo, y la otra mitad reniega. Y en decir: <<Háganse a zaga>>, se les pasa otra muy gran parte. Y si acaso les queda por sacar alguna rueda de algún atolladero, más se ayudan de dos pésetes que de tres mulas. Los marineros son gente gentil, inurbana, que no sabe otro lenguaje que el que se usa en los navíos: en la bonanza son diligentes y en la borrasca perezosos; en la tormenta mandan muchos y obedecen pocos; su Dios es su arca y su rancho; y su pasatiempo, ver mareados a los pasajeros. Los arrieros son gente que ha hecho divorcio con las sábanas y se

ha casado con las enjalmas; son tan diligentes y presurosos que a trueco de no perder la jornada, perderán el alma; su sica es la del mortero; su salsa, el hambre; sus maitines, levantarse a dar sus piensos, y sus misas, no oír ninguna.

Cuando esto decía estaba a la puerta de un boticario, volviéndose al dueño, le dijo:

—Vuestra merced tiene un saludable oficio, si no fuese tan enemigo de sus candiles.

—¿En qué modo soy enemigo de mis candiles? —preguntó el boticario.

Y respondió Vidriera:

—Esto digo, porque en faltando cualquier aceite, lo sale el del candil que está más a mano. Y aun tiene otra cosa de este oficio, bastante a quitar el crédito al más acertado médico del mundo.

Preguntándole por qué, respondió que había boticario que por no atreverse, ni osar decir, que faltaba en su botica que receta el médico, por las cosas que le faltaban, ponía otras que, a su parecer, tenían la misma virtud y calidad, siendo así; y con esto, la medicina, mal compuesta, obraba al revés de lo que había de obrar la bien ordenada.

Preguntóle entonces uno que qué sentía de los médicos, y respondió:

—*Honora medicum propter necessitatem, etenim creavit eum Altissimus: a Deo enim est omnis medela, et a rege accipiet donationem: disciplina medici exaltavit caput illum et in conspectu magnatum collaudabitur: Altissimus deus creavit medicinam, et vir prudens non abhorrebit illam.* Esto dice —dijo— el Eclesiástico de la medicina y de los buenos médicos; y de los malos, se podría decir todo al revés, porque que no hay gente más dañosa a la república que ellos. El juez nos puede torcer o dilatar la justicia; el letrado, sustentarse por su interés nuestra injusta demanda; el mercader,

chuparnos la hacienda; finalmente, todas las personas con quien de necesidad tratamos, nos pueden hacer algún daño pero, quitarnos la vida, sin quedar sujetos al temor del castigo, ninguno. Sólo los médicos nos pueden matar, y nos matan, sin temor y a pie quedo, sin desenvainar otra espada que la de un récipe. Y no hay descubrirse sus delitos, porque al momento los meten debajo de la tierra. Acuérdate que cuando yo era hombre de carne, y no de vidrio como ahora soy, que a un médico de estos de segunda clase le despidió un enfermo por curarse con otro, y el primero de allí a cuatro días acertó a pasar por la botica donde recetaba el segundo y preguntó al boticario que cómo le iba al enfermo que él había dejado, y que si le había recetado alguna purga el otro médico. El boticario le respondió que allí tenía una receta de purga que el día siguiente había de tomar el enfermo. Dijo que se la mostrase, y vio que al fin de ella estaba escrito: <<sumat dilúculo>>. Y dijo: <<Todo lo que lleva esta purga me contenta, sino es este <<dilúculo>>, porque es humedo demasiadamente.>>

Por estas y otras cosas que decía de todos los oficios, se andaban tras él sin hacerle mal y sin dejarle sosegar. Pero, con todo esto, no se pudiera defender de los muchachos, si su guardián no le defendiera.

Preguntóle uno qué haría para no tener envidia a nadie.

Respondióle:

—Duerme, que todo el tiempo que durmieres serás igual al que envidias.

Otro le preguntó qué remedio tendría para salir con una comisión que hacía dos años que la pretendía.

Y díjole:

—Parte a caballo y a la mira de quien la lleva, y acompaña hasta salir de la ciudad, y así saldrás con ella.